

El Cepo Progresista – Presentación

LA AGONÍA DE LA CONCIENCIA Y LA ORGANIZACIÓN POPULAR: EL CARÁCTER ASFIXIANTE DE LA HEGEMONÍA “PROGRESISTA”



En Chile, los problemas que enfrentamos las organizaciones que nos esforzamos por construir un proyecto de emancipación anticapitalista son múltiples. En su mayoría, estos están anclados en las derrotas estratégicas del movimiento popular en los años 1973 y 1988, así como también en la maduración del neoliberalismo bajo los gobiernos de la Concertación. Hoy por hoy, uno de los grandes obstáculos, que es una expresión

de la descomposición popular, es la hegemonía “progresista” de las clases medias, la que va desde los sectores “progresistas” de la Nueva Mayoría hasta los grupos más radicales que se comprenden como anticapitalistas. Aun cuando en la superficie pareciera existir una alta heterogeneidad en la izquierda chilena¹, con múltiples organizaciones de distintos tamaños, tendencias y, en general, de corta data, hay una serie de cuestiones comunes que han derivado en un rechazo, en la práctica, a la constitución de las clases populares – trabajadoras como sujeto que conduzca un proceso de transformación en el país.

En esto somos claros, bajo la hegemonía “progresista”, las vanguardias políticas de la izquierda chilena están asfixiando la construcción de un movimiento popular con autonomía política (respecto

¹ Hablamos de la izquierda como una categoría para referirnos a las organizaciones que se autocomprenden como tales. Sin embargo, como se verá a lo largo del libro, nuestros objetivos como Fragua no se enmarcan en la rearticulación de la “izquierda”, en cualquiera de las formas que ha adquirido a lo largo de la historia, sino más bien de las clases populares realmente existentes como sujeto que encarna un proyecto histórico anticapitalista con conciencia de clase trabajadora. En este sentido, la “izquierda” se constituye como el terreno donde se disputan las formas de construcción de este sujeto, pues aun cuando las organizaciones que apuestan a ello son hoy minoritarias en Chile, todas ellas pretenden articularse como referentes de las clases populares para cumplir sus objetivos.

a las otras clases y al Estado). Entre los elementos que las llevan a relegar la lucha emancipadora y que son comunes a la izquierda chilena, se pueden nombrar: (1) el horizonte de una sociedad capitalista de derechos universales que permita la superación del proyecto neoliberal, ya sea que se comprenda como horizonte real o como una reedición del etapismo socialdemócrata; (2) la necesidad de construir mayorías electorales que permitan ocupar espacios en el Estado para llevar adelante los cambios; y (3) la apuesta por la “unidad de los que luchan” (de la izquierda, los de abajo, las mayorías, la ciudadanía, etc.) y constitución de referentes políticos que posibiliten esta confluencia en las condiciones actuales, la cual es vista como la tarea a la que se debe abocar el activo político de la izquierda². Estas tres ideas ya son parte del sentido común de las vanguardias políticas, sobre todo la tercera, la tan mentada y repetida hasta el cansancio “unidad de la izquierda”.

Como base del análisis de estas continuidades, se encuentra el rechazo a dar cuenta de la estructura de clases. Las estructuras de clase estricta (explotados / explotadores) y de estratificación social en su versión latinoamericana (pueblo, clases medias y burguesía)³, se disuelven en la constitución de sujetos heterogéneos que, aun cuando nieguen la relevancia de estas estructuras, se ven movilizados sin escapar de sus determinaciones. Dicho con otras palabras, el que se rechace la existencia de las clases sociales política o teóricamente no hace que éstas dejen de existir: son reales. Como alternativas, las ciencias sociales han desarrollado una serie de conceptos que permiten articular una política para las “mayorías”, los “ciudadanos” o la “multitud”, contra las élites políticas y económicas actuales que se identifican como “las 40 familias”, el 1%, los super ricos o el capital monopólico.

Con nuestro trabajo como investigadores sociales⁴ pretendemos dar ciertas luces a lo que entendemos como errores políticos de la izquierda chilena, como las tres ideas nombradas previamente, los que adjudicamos a la hegemonía de las clases medias en el actual ciclo de

² Si bien las tres ideas suelen darse juntas, existe posiciones en la izquierda chilena que solo sostienen algunas de ellas y que critican las otras. En este sentido, las hemos diferenciado para dar cuenta de que las tres resultan problemáticas para la lucha revolucionaria, ya sea que se sostengan de forma independiente o conjunta.

³ Para una discusión de estas categorías, ver el capítulo 1.

⁴ Para una discusión de qué se entiende por “investigador social” y cuál es su rol en la reconstrucción del movimiento popular chileno, revisar el documento “El conocimiento como herramienta revolucionaria” de Fragua [http://www.proyectofragua.cl/fragua/wp-content/uploads/2013/03/texto_1.pdf].

movilizaciones. Las formas de organización y las formas de conciencia que estos grupos van articulando como disponibles para los agentes populares colectivos y organizados, aparecen como contradictorios con una política con pretensión revolucionaria. Al respecto, esta debe construirse bajo la premisa de la constitución de sujetos de clases populares, con conciencia de clase trabajadora, y con las capacidades y el interés de llevar adelante un proceso revolucionario anticapitalista.

Esto no lo entendemos como una lucha utópica donde el socialismo se reduce a un valor moral ideal, sino más bien como la construcción real y cotidiana del proceso revolucionario, bajo la articulación de un proyecto histórico que constituya la superación del capitalismo como meta real. El carácter real del proyecto está dado por la construcción del sujeto, razón por la cual la pregunta por el mismo se vuelve central para nuestra política. Así como ya no es posible pensar en sujetos revolucionarios preconstituidos por su posición en estructuras específicas, tampoco podemos pensar en la emergencia espontánea de organizaciones revolucionarias desde las movilizaciones populares ancladas en la mejora de las condiciones inmediatas de existencia. Entonces, nuestra primera orientación es entender cómo los intereses de ciertas posiciones afectan al sujeto, y de cómo los sujetos, al encontrarse con esos intereses, pueden organizarse y actuar para luchar contra la explotación y realizar sociedades donde esta deje de existir.

En este marco, ¿por qué investigar los gobiernos de América Latina tildados de “progresistas”? Un elemento común a estos, dentro de la gran heterogeneidad que dificulta el agruparlos bajo una misma categoría, es su pretensión de superar la versión neoliberal del capitalismo. Con ello, se articulan como referentes del progresismo chileno, ya sea que den cuenta de los “aires de cambio” en América Latina, donde las lecturas de cambio de ciclo político en Chile serían consonantes; o que se articulen como referentes de un proyecto posible para Chile, ante la ausencia de organizaciones que encarnen un proyecto anticapitalista y que lo vuelvan un proyecto disponible para la izquierda chilena. Con ello, las clases medias, así como lo han hecho las burguesas una y otra vez, están relegando la emancipación socialista a la utopía o simplemente a una cuestión valórica. Y dado que el carácter real del proyecto emancipatorio está dado por la constitución de un sujeto popular trabajador, las clases medias terminan por asfixiar la conciencia y la organización popular.

A su vez, estudiar estas experiencias nos permite desarrollar formas de análisis más certeras para articular, desde la investigación social, claridades políticas contrapuestas al “progresismo” asfixiante. La premisa que se encuentra detrás es que no se puede construir formas de análisis político certeras puramente desde la teoría (como algunos pretenden hacerlo a través de conocimientos enciclopédicos de los debates marxistas, muchos de ellos bizantinos, que se aplican sin más a cualquier realidad que se enfrente), puramente desde la investigación empírica (como empiristas y positivistas tienden a creer al pensar los fenómenos sociales como plenamente transparentes), o puramente desde la práctica política (creyendo que al calor de la lucha, y dados los éxitos y los fracasos de movimientos tácticos particulares, los mecanismos causales que generan los fenómenos que observamos se aparecen prístinos al militante; o bien, exagerando las capacidades de las personas sin tener en cuenta las condiciones que enfrentan); sino que más bien se debe construir una reflexión que dialécticamente vaya vinculando estos tres niveles.



En este sentido, en la serie de documentos de trabajo que aquí se presenta se da cuenta de la investigación de formaciones sociales específicas y de cómo los proyectos alternativos al proyecto neoliberal han fracasado en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y de un movimiento

popular con autonomía política. Los casos estudiados corresponden a Brasil (cap. 2), Venezuela (cap. 3), Ecuador (cap. 4) y Nicaragua (cap. 5). Si bien nuestra investigación se cierra el año 2014, en los análisis se presenta una serie de elementos que resultan de utilidad para el análisis de la actual deriva de estos procesos. A su vez, se presenta la reflexión teórica que emana de tales experiencias y de los debates de investigadores sociales acumulados en la teoría existente (capítulo 1), con especial énfasis en las condiciones necesarias y de posibilidad de emergencia de los proyectos alternativos al neoliberalismo, y en una conceptualización de las clases sociales en su sentido estricto y de estratificación. Por último, se aborda cómo estos elementos los articulamos políticamente en la realidad chilena (cuestión que esta presentación pretende abordar, aunque sin por ello abarcar toda la riqueza política de la reflexión teórica e investigativa inserta en esta serie).

A continuación, se pasa a revisar las tres ideas que sostiene la izquierda chilena (antes expuestas) y que se consideran erradas para la lucha en función de los intereses de las clases explotadas. Luego, se presenta algunos aprendizajes políticos que se pueden extraer del análisis de las experiencias progresistas.

EL PROGRESISMO AL ACECHO: UN OBSTÁCULO PARA LA CONSTRUCCIÓN POPULAR

¿En qué sentido (1) el horizonte de una sociedad capitalista de derechos universales, (2) la construcción de organizaciones para ocupar espacios en el Estado y (3) la tesis de la “unidad de la izquierda”, asfixian la conciencia y la organización popular? ¿Qué formas de organización y de conciencia propugna la izquierda chilena con estas premisas?

Por un lado, la organización se entiende en sentido laxo y desde el sentido común: “si queremos avanzar en nuestras demandas, debemos organizarnos”. Al homologar “organizarnos” con “unirnos”, ello integra desde aquellos grupos organizados altamente institucionalizados, como los partidos políticos, hasta los eventos de acción colectiva relativamente espontánea. Estas organizaciones, a su vez y en la dinámica de la idea (2) a objetar, se comprenden en función de ocupar posiciones del Estado y/o de avanzar en la expansión de derechos sociales particulares que, en su agregado, apuntan a superar el neoliberalismo. Algunas, las menos, plantean una doble estrategia, es decir la construcción de un referente eleccionario que, al mismo tiempo, construya

fuerza social “desde las bases”. Sin embargo, tiende a primar la apuesta eleccionaria en tanto se espera que una vez ocupados ciertos puestos del Estado, se accederá a determinados recursos que, en el día de mañana, permitirán potenciar la estrategia relegada.

Además de soslayar el hecho que las organizaciones políticas deben aprender a construir fuerza social (no es un conocimiento que emerge espontáneamente en el desarrollo de cualquier organización), estas apuestas no toman en cuenta las implicancias de tener éxito en su proyecto eleccionario ante un pueblo descompuesto y un férreo bloque de poder altamente cohesionado. Este problema se aborda ampliamente en estos documentos de trabajo. Se presenta experiencias donde la apuesta estatal tiende a entrar en contradicción con el desarrollo de fuerzas de las clases bajas-trabajadoras con un proyecto autónomo del funcionamiento del Estado burgués y de las otras clases sociales; inclusive el caso de Venezuela, donde se observa el intento de construir fuerzas populares con relativa independencia del proyecto bolivariano desde los puestos del Estado.

Por otro lado, esta comprensión de la organización se ancla en una conciencia que se estimula en función de los intereses de las clases sociales estratificadas: por el lado de las “mayorías”, la mejora de las condiciones inmediatas de existencia (clases populares) y la expansión y estabilización de las formas de vida (clases medias); y por el lado de las minorías, la acérrima defensa de sus formas de vida por parte de las clases altas (sobre todo de los segmentos que más acumulan). Si bien estas distinciones suelen disolverse en la “ciudadanía” o equipararse con otras estructuras (de género, étnicas, religiosas, etc.), como ya se planteó, la existencia de estructuras de estratificación social que resultan evidentes para las personas obliga al “progresismo” a dar cuenta de las condiciones inmediatas de existencia de los grupos que pretende movilizar⁵. Así, la forma de conciencia que instala es la de “todos los que tienen menos contra los que tienen más”. Las injusticias se revelan por el no tener asegurados ciertos derechos que se asumen debieran ser universales en las sociedades capitalistas modernas. La minoría acaparadora se juzga moralmente en tanto restringe el acceso a las “mayorías” a determinados recursos.

Excluida del análisis queda la explotación del capital sobre el trabajo, aquella relación material sobre la cual se comprende la acumulación de unos pocos como apropiación del producto del trabajo

⁵ No ocurre lo mismo con el antagonismo entre explotados y explotadores, cuestión que requiere pasar del fenómeno observable de la desigualdad al hecho de que unos tienen más porque se han apropiado del producto del trabajo de otros.

ajeno. Esta exclusión deriva en no comprender en su totalidad los intereses contradictorios de clases, cuestión que se refleja en el desarrollo de fuerzas capitalistas dentro de programas que se comprenden de popular. Un ejemplo de ello es la incorporación de los intereses de las PYMES y de la industria nacional en el progresismo a través de la promoción de políticas que las protejan de la competencia mercantil. Al ser organizaciones hegemónicas por la ideología progresista de las clases medias, estas políticas pueden ser agregadas a las demandas particulares de diversos sectores sociales contra el 1% monopólico, contra la gran empresa y, en su versión nacionalista, contra las transnacionales.



De aquí deviene la premisa (3) a objetar, la tesis de la “unidad de la izquierda”. En las condiciones actuales del movimiento popular chileno, esta unidad rechaza de plano la conformación de un sujeto popular trabajador, además de incorporar una multiplicidad de intereses en su seno, sin plantear mayor preocupación por el sujeto que se constituye en términos de clase. ¿A quiénes unir? “A los organizados”, responden, para luego agregar que se debe convocar a todos aquellos que presentan malestar con el neoliberalismo. Pero, si asumimos que las clases populares están

desorganizadas, éstas solo podrían sumarse como agentes pasivos y hegemonizados por los organizados, en este caso, las clases medias y sectores del capital que potencialmente podrían unirse al proyecto “progresista”, como ha ocurrido en todos los países estudiados. De esta forma, la agonía en que se encuentra el movimiento popular chileno se ve perpetuada con las apuestas que no solo compiten con la emergencia de formas populares de organización y conciencia con autonomía de clase, sino que también las asfixia, impide su existencia y desarrollo.

Por último, cabe abordar la idea (1) a objetar, el proyecto de una sociedad capitalista de derechos universales. Esta idea no es nueva, y en la historia la han encarnado las clases medias (ya sea en sus formas tradicionales ancladas en instituciones burocráticas, gremiales, etc.; o en sus formas modernas ancladas en el consumo, en las credenciales educativas, etc.). A través de arreglos institucionales, se espera “resolver” las contradicciones económicas, donde destaca la relación capital – trabajo. Se intenta hacer confluír los intereses de los capitalistas por mantener los mecanismos de acumulación, con la mejora sustantiva de las condiciones de vida de la población a través de asegurar ciertos derechos universales. Se tiene la expectativa de que esta confluencia llegue a una suerte de equilibrio político estable, con capitalistas acumulando y trabajadores viendo sus vidas mejorar.

Lo utópico de tal proyecto se nos aparece de diversas formas. Por un lado, en Latinoamérica resulta bastante claro el cómo se ha visto entrampado en la seguidilla de ciclos autoritarios y ciclos democráticos. Por otro lado, las crisis recurrentes del capitalismo, las que se evidencian históricamente, impiden la mejora constante, permanente y de largo plazo de las condiciones de vida de los trabajadores, asegurando, al mismo tiempo, la acumulación de los capitalistas. Y es que la lucha política de las clases populares – trabajadoras por la apropiación del excedente productivo, en una estructura de clases antagónicas, pone en peligro las formas de vida de las clases capitalistas. Con ello, la posibilidad de una sociedad capitalista de derechos universales estable políticamente se desmorona como proyecto real.

LA CONSTRUCCIÓN POPULAR CON AUTONOMÍA POLÍTICA: LA NECESIDAD DE UNA ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA

De lo hasta aquí dicho, se puede determinar al menos tres elementos que consideramos necesarios para cumplir con la reconstrucción del movimiento popular chileno. Solo como una cuestión de exposición y de análisis es que se puede distinguir entre el sujeto, las formas de organización y las formas de conciencia, sin embargo estas están estrechamente imbricadas, donde las unas se siguen lógicamente y refuerzan con las otras.

En primer lugar, el sujeto (o los sujetos) hegemónico de un movimiento popular emancipador debe emerger de las clases bajas. Así, la pregunta por el “quiénes” no se relega a un segundo plano ni se reduce al activo político existente (escaso en los sectores populares en la actualidad), sino que pone énfasis en la capacidad de este activo por reconstruir el movimiento popular. En la práctica, esto implica realzar lo popular, las prácticas e intereses inmediatos de las clases bajas, pero en función de los intereses de la clase en sentido estricto, como clase trabajadora. Con ello, hacemos frente al sujeto heterogéneo que el “progresismo” pretende articular, y pasamos de la “unidad de la izquierda” a la construcción de un sujeto popular revolucionario.

En segundo lugar, hablamos de formas de organización propias de tal clase, entendida en ambas estructuras (estricta y estratificada), y con autonomía política (de las otras clases y del Estado burgués). Es decir, rechazamos la construcción de organizaciones que tienen su razón de ser en las elecciones y el ocupar posiciones del Estado, cuestiones que son decisiones tácticas que deben ser revisadas en función de la apuesta estratégica. En términos prácticos, este criterio implica que ante decisiones de ocupar posiciones en el Estado o de llevar adelante alianzas o asociaciones específicas con otras clases, el movimiento popular debe tener la capacidad de repliegue táctico ante el fracaso en las escaramuzas del Estado o en formar parte de los proyectos que otras clases buscan hegemonizar.

En tercer y último lugar, sostenemos la necesaria articulación de una conciencia como pueblo y como clase trabajadora. Es decir, se debe dar cuenta de ambas estructuras para la constitución de un movimiento popular: por un lado, lo popular en función de las condiciones sociales inmediatas; y, por el otro, lo obrero en función de la lucha de clases antagónicas, donde las condiciones sociales inmediatas de “tener menos” son producto, en primera instancia aunque no exclusivamente, de la explotación capitalista. Con ello, escapamos de la utopía de la sociedad capitalista de derechos

universales donde “los que tienen menos” pueden “tener más” sin que “los que tengan más” reduzcan sus arcas.

Dada la radical descomposición popular en Chile, así como los múltiples mecanismos que podemos identificar como parte de las condiciones necesarias de la actual situación del movimiento popular, construir estas formas organizativas y de conciencia requieren grandes esfuerzos de los sujetos históricos. Debemos estar constantemente vinculando aquello que en el capitalismo se nos aparece como separado, yendo de las apariencias a las determinaciones reales que constituyen las múltiples realidades que enfrentamos. Debemos superar la agonía en la que estamos inmersos como movimiento popular, aquella que presenta breves destellos de vida al amparo de las esporádicas movilizaciones que emergen en función de las condiciones de vida que enfrentamos.

En este contexto, la táctica territorial adquiere nuevos bríos, en tanto implica altos niveles de esfuerzo político para mantener junto lo que de otro modo tiende a estar separado, cuestión que va desde el paso de agregados de personas a organizaciones estables y con proyectos autónomos de clase; hasta las condiciones sociales inmediatas que enfrentamos las distintas clases en el capitalismo con las formas de explotación que las sostienen.

Es aquí donde debemos realzar la figura del partido político, ya no como aquel que existe en función de las elecciones entrampado en el sistema político liberal burgués (cuestión que, como ya sostuvimos, puede ser una cuestión táctica), sino que como aquella organización que debemos ir construyendo para articularse como conductor y articulador del proceso revolucionario. No en tanto iluminados, sino en tanto vanguardia, como aquella que “lanza la primera piedra”, aquella que logra ir vinculando las acciones colectivas y las organizaciones populares con un proyecto anticapitalista, aquella que logra ir vinculando las condiciones inmediatas de existencia con las bases de la explotación, aquella que evidencia en la lucha que el enemigo de los explotados es la clase capitalista. Si bien esto no es monopolio del partido político, es éste el llamado a ir acumulando aprendizajes e ir sosteniendo un proyecto que siempre tiene el peligro de desviarse del cauce anticapitalista, para caer en las apuestas burguesas y “progresistas” que terminan por estrangular la organización y la conciencia popular.

Centro de Investigación Fragua, Marzo 2015